

# Parpadeos

## El Roto

*¡Tanta fatiga para nada! Pero esa nada lo era todo.*

ANDRÉS RÁBAGO

El aforismo es el género literario más escueto, la forma abreviada de una certeza, la articulación fugaz de un enunciado irreparable. Más prometedor será considerarlo con su otro nombre, el adagio, que en la música es el tempo lento con que se ejecuta una partitura. En efecto, el aforismo implica un tono vital pausado, un silencioso deambular, la convicción de una mente que no quiere discutir.

Proceda de la memoria colectiva cribada por el paso del tiempo o de la mente libérrima de un pensador, el adagio da cuenta de esa inteligencia reglada en la sinfonía universal. Hay ritmo, sagacidad y cierta ironía aristocrática que no deja de conmover al lector. Las sentencias del autor lo asombran y por ello respeta su arrogancia. Se leen, meditan y recitan.

Con el aforismo se venera lo que hay de sucinto en la súbita comprensión. Repentina, inesperada. Connota la profundidad de un pensar cuyo afloramiento es único, irremediable. El proceso de las premisas encadenadas, la indagación que lo sostiene, no sale a la luz, apenas deja emanar la última frase de ese conocer perspicaz.

El autor de los aforismos ha modelado una paradójica lentitud. Discurre a oscuras consigo mismo hasta que de repente surge su jactancia: la sentencia final. Hay en la presunción de este género literario un gesto de misantropía que no pasa desapercibido. Prescinde de la seducción didáctica con la que otros géneros literarios quieren conducir al lector. El aforismo da por sentado que no hay tal necesidad. El que pueda entender, que atienda.

En este género lacónico hay algo admirable: la persistente poda, sintáctica y conceptual, que reduce hasta la extenuación lo que no puede decirse de otro modo. Lo que no cabe en la frase concisa estropea la idea, confunde al lector y degrada al autor. El ejercicio aforístico se forja con determinación: sacrifica lo que no importa, lo ocioso, la inútil banalidad de los desperdicios.

Los autores que adoptaron el género contribuyeron a enriquecer el diccionario de chasquidos y latigazos ilustres y cegadores. Inolvidables y categóricas sentencias que han dado forma a una manera particular de ordenar el rumbo del pensamiento. «De una sola ojeada se conquista el otro mundo», dijo un *jasidim* polaco que sólo por una vez pudo ver de lejos a su maestro.

Es probable que los diseminados restos paleográficos de los filósofos presocráticos auspiciaran el nacimiento de este nuevo género literario. Las frases robadas, rotas o perdidas que se citaban en su honor no dejaron de tener pese a todo una inquietante elocuencia. Quizá, en

efecto, según Wittgenstein, todo pueda ser dicho de una sola vez.

La maestría de los aforistas, entre Solón y Heráclito de Éfeso, Pascal y La Bruyère, Gracián y La Rochefoucauld, Marco Aurelio y Cioran, se ve alentada por el anhelo de la palabra clave, la oración que de un solo golpe desvela lo embrollado. Una vez saturado por el reino de la abundancia —abrumado por los palabristas que han saciado su curiosidad— el lector añora el discurrir de los hombres parcos en palabras. Los que apenas dicen lo que se espera oír. Sin aspavientos.

Cuando el conceptista Gracián nos dice que al sabio no le gusta agradar a los muchos o que los Gigantes suelen ser los verdaderos Enanos, o cuando el clasicista La Rochefoucauld afirma que la clemencia se practica por vanidad y que todos tenemos suficiente fuerza moral para soportar las desdichas ajenas, o cuando el satírico La Bruyère confirma que es una enorme desgracia no tener talento para hablar bien, ni la sabiduría necesaria para cerrar la boca, nos están invitando a sonreír. Pues confusamente nos da la impresión de haber leído lo que estábamos a punto de pensar. ¿No será acaso el aforismo una premonición? Su sacudida es inconfundible.

El lector que tiene en las manos *Parpadeos* podrá leerlo como un nuevo oráculo manual. Destilar el pensamiento que ha fermentado en el umbral de la conciencia, dedicar a cada adagio el momento propicio, escuchar en sí mismo el eco del autor, como hace el diapasón al afinar el instrumento musical. Cada

aforismo deja atisbar la inmensidad que connota. Y el interior que rescata.

En uno de sus libros ilustrados (*El libro verde*, Reservoir Books, 2014) —que reúne una selección de los dibujos que El Roto publica a diario desde hace veintiséis años en *El País*— tuvimos ocasión de subrayar la potencia subversiva de su filosofía y la desconfianza sarcástica, apenada y melancólica de unos personajes que retuercen el significado de lo real aparente. Los aforismos de Andrés Rábago prolongan la sintaxis simbólica de sus viñetas y la tonalidad de un pensamiento que aborrece la frivolidad contemporánea, mimética y alarmada. Sus parpadeos abarcan un amplio repertorio temático y abordan la metafísica de la pintura, la crítica de las convenciones, las técnicas del atelier, la conciencia moral del artista, la presencia de los maestros antiguos y los dilemas de un hermético diálogo interior.

Es en este hablar callado donde podemos reconocer la personalidad de un artista requerido por el yo interior. La voz del que se advierte y avisa sin la conmiseración con que la mayoría de los hombres cuidan de sí mismos. «En todo lo que no sé hacer, ¿qué me estaré perdiendo?». La conciencia de las dimensiones existenciales es la causa narrativa que hilvana el artista en su personal, inextricable y misterioso laberinto.

*Parpadeos* se podrá manejar como un juego de naipes, leer como un breviario o abrir al azar buscando respuesta al impertinente capricho de cada cual. Es el oráculo celoso que no a todos presta atención, dado

que los pensamientos de Rábago se han concebido, según la tradicional cautela, en la oscuridad de un laboratorio interior; no en la cátedra libresca de la erudición academicista, sino tras el palpito vital de las más vivas impresiones anímicas.

«Toda mi obra gira alrededor de un solo tema, pero aún no he descubierto cuál es ese tema». La obra del OPS hermético, El Roto encriptado y el Rábago simbolista — los heterónimos de su trinidad creativa— se ha elaborado a lo largo de las décadas con la misma delicadeza. Es la expresión leal de una mirada artística y filosófica al enigma del mundo. Para que el lector pueda cavilar la lógica de sus sentencias y sacar provecho a *Parpadeos*, convendrá meditarlo con el tiempo que exigen los pensamientos escurridizos.

«Después de pensar lo visible, el que ve desaparece y sólo queda lo que ha visto». Lo que en el libro hay de testimonio personal sonará igual de verosímil en los labios de cada lector, pues nadie está obligado a desdeñar la lucidez. Ser inmune a las futilidades de la vida social y saber, sin embargo, cuánto de todo ello se ha enquistado en cada uno de nosotros.

«Los elogios me resbalan, pero probablemente...